

EL VATICANO FRENTE AL "MARXISMO/COMUNISMO"

EN el momento en que las democracias cristianas se encuentran entre el dilema de adoptar políticas más abiertas y de compromiso para mantenerse en el poder en los lugares donde lo conservan o participan en él de algún modo, y el de cerrarse sobre sí mismas para no perder la pureza doctrinal, y ello divide a los propios partidos; en el mismo momento en que la democracia cristiana de Italia se debate en la grave crisis que culmina sus treinta años de poder ininterrumpido y puede salir destrozada de las elecciones generales de junio, la Iglesia se pronuncia: el diálogo con los comunistas es inaceptable para los cristianos. La voz de la Iglesia es en este caso la del sustituto de la Secretaría de Estado del Vaticano, Giovanni Benelli, continuamente próximo a Pablo VI. Hablaba en Viena, en un debate convocado por la Asociación Austríaca de Política Extranjera: un lugar excelente para ser escuchado en toda Europa, y sobre todo por quienes buscan la federación de carácter conservador entre las democracias cristianas europeas.

LA razón esencial de la Iglesia es eternamente la misma: los católicos no pueden compartir la misma busca de filosofía común que los ateos, porque las concepciones del mundo son diferentes y contrapuestas. Para monseñor Benelli, como era de esperar, hay escasas dudas de que la verdad estricta está en la concepción cristiana del mundo, mientras que los políticos comunistas no pueden ofrecer más que "utopías o, todo lo más, realizaciones que dejan al hombre insatisfecho, si no mutilado; (la Iglesia) lo dice honestamente". No cabe atribuir la misma honestidad a los comunistas, explica también Benelli, acudiendo al psicologismo común en estos y anteriores tiempos, según el cual el comunista nunca respeta lo que dice o promete, ya que "los comunistas, además, abandonan el diálogo teórico en cuanto pueden llegar a la acción común". La idea de Hegel de que "en un acuerdo más profundo pueden eliminarse las diferencias" que son más superficiales, citada por Benelli, no vale en este caso: "No se puede aplicar a concepciones diferentes fundamentalmente como son el teísmo y el ateísmo".

ESTE punto de vista de la Iglesia está suficientemente matizado para servir en la coyuntura actual. No se trata de los ateos en general, sino de los comunistas. Benelli ha empleado continuamente el término "marxismo-comunismo" para definir a aquel con

quien no se puede pactar, negociar, tratar o llegar a fórmulas de "colaboración" que "son siempre peligrosas y arriesgadas para la fe y también para la libertad de los ciudadanos", frase en la que se ve la mezcla sutil, entre lo religioso —la fe— y lo temporal, incluido en las campañas más amplias de la moderna guerra fría, "la libertad de los ciudadanos". Es evidente que los socialistas son marxistas, pero no marxistas comunistas, y es evidente también que salvo casos excepcionales son ateos, en cuanto que son militantes de los partidos socialistas marxistas. Al no ser marxistas-comunistas, están excluidos de la condenación de la Iglesia, lo cual puede permitir sin duda no solamente avalar la alianza llamada "centro-sinistra" practicada en Italia durante tantos años, y no sólo en el aspecto pasado, sino también para el futuro inmediato: las elecciones generales italianas pueden aconsejar sin duda un nuevo esfuerzo de la democracia cristiana con los socialistas para mantener excluido al comunismo como en los años anteriores. Prácticamente, lo que la Iglesia niega por esta voz es lo que se ha llamado "compromiso histórico", en lo cual coincide plenamente la Secretaría de Estado del Vaticano con la Secretaría de Estado y organismos afines de los Estados Unidos. De la misma forma también que los Estados Unidos se reservan la exclusiva de mantener las relaciones con el comunismo por su diálogo directo con la URSS y los países del Este, la Iglesia vaticana también declara ajenas a esta cuestión las relaciones "que se establecen o se buscan" entre la Santa Sede y los países comunistas: esas relaciones "no son un diálogo propiamente dicho", sino un "modus vivendi". "Modus vivendi" que no sería recomendable, por otra parte, a los cristianos que, dentro de sus países, quisieran proseguir una política de partidos que permitieran ciertos pactos. Se los pueden facilitar otros ateos, otros partidos de izquierda, ya que sin duda no todos los ateos son iguales.

EL desarrollo de la disertación de monseñor Benelli parte de la idea de que la Iglesia es dialogante, y de que Pablo VI es, según su definición, "el Papa del diálogo". La idea de diálogo, en la Iglesia, aparece con cierta fuerza a partir del Concilio, y no Pablo VI, sino el inolvidable y humano Juan XXIII la institucionalizó en una Secretaría para los no-creyentes, que regentó, sin embargo, uno de los menos conciliadores cardenales de la Iglesia, König, establecido en esta misma Viena donde ahora habló Benelli. Pero eran otras circunstancias y otro diálogo. A la Iglesia vaticana le interesaban

En el momento en que la democracia cristiana italiana se debate en la grave crisis que culmina sus treinta años de poder ininterrumpido, la Iglesia se pronuncia: el diálogo con los comunistas es inaceptable para los cristianos. Sobre estas líneas, Enrico Berlinguer en la sede del PCI.





Al no ser "marxistas comunistas", los socialistas están excluidos del anatema lanzado por Giovanni Benelli contra aquéllos, lo que puede permitir avalar la alianza llamada de "centro-sinistra". En la foto de archivo, Pablo VI con una figura histórica del PSI, Pietro Nenni.

enormemente las circunstancias de coexistencia que había abierto la URSS, personificadas en la política de Krutchev: se trataba —y el establecimiento de la Secretaría en Austria, neutralista oficial y fronteriza con el Este, lo indicaba muy claramente así— de conseguir una mayor permisibilidad para las religiones cristianas, y especialmente para el catolicismo y ecuménicamente para los ortodoxos, en la URSS y en países comunistas pero tradicional y fuertemente cristianos. El diálogo con los no-creyentes tenía en aquel momento una virtualidad política directa, y consiguió grandes frutos. Digamos que en aquella ocasión se trataba de una acción, de una penetración hacia tierras de infieles; en éste se trata de una defensa de tierras políticas cristianas contra una doctrina social y política. Para lo cual hay que oponer otra doctrina social y política. "El diálogo es muy difícil con personas que están adheridas a ideologías económicas y sociales fundadas sobre una concepción puramente materialista de la vida", dice Benelli, "y puede parecer imposible". La Iglesia tiene, en cambio, sus propias doctrinas sociales y económicas: puede, "gracias a su doctrina social precisa, centrada sobre el hombre, contribuir al progreso de éste. En efecto, está principalmente referida esta doctrina a la encíclica "Rerum Novarum" de León XIII, en 1891, acerca de la condición de los obreros. Como se sabe, el Manifiesto Comunista es de 1848 y "El Capital" es de 1867: la Iglesia dio entonces la misma clase de respuesta que da hoy. La "Rerum Novarum" dio origen al nombre y a la organización de la democracia cristiana, aceptando ya que el poder perteneciese al pueblo, pero por la vía de comportamiento descrita en los Evangelios.

POR lo tanto, la Iglesia da ya la doble respuesta precisa: filosófica-teológica, por una parte, y de aplicación social, política y económica, por otra. El diálogo sería siempre posible y conveniente siempre que fuese "verdaderamente desinteresado y universal", sobre temas propios de filósofos y pensadores. Si los cristianos desean realmente entrar en este diálogo, "deben haber adquirido una posición de fe asegurada, esclarecida por el Magisterio de la Iglesia; deben comportarse con una extrema prudencia para no dejarse seducir por cualquier compromiso, por cualquier acción incompatible con sus principios". Pueden ejercerlo "como una forma de amor y de servicio", ya que la Iglesia siempre siente ese amor por el hombre y ese deseo de servirle, sea o no ateo el hombre a quien se dirige; pero si se trata de algo que pueda interpretarse como adhesión a las teorías marxistas-comunistas, o a "movimientos que obtengan del marxismo ateo su verdadera inspiración y la sean fieles", deberán abstenerse.

QUE efecto puede crear en la opinión pública italiana esta toma de posición de la Iglesia? Puede ser contraproducente y quitarle votos de los que tan necesitada está. En la comunidad rota de las democracias, cristianas europeas, y notablemente en las de España, será un factor más de discusión y de entendimiento. Esperemos que los cristianos demócratas más conservadores consideren que no les está negada la posibilidad de diálogo y de compromiso con sus hermanos más abiertos. ■

Grecia

LA MISTERIOSA MUERTE DEL CENTRISTA PANAGULIS

Una muerte misteriosa más en la política: la del diputado griego Panagulis. Un luchador contra las formas invisibles de la dictadura. Su partido era la Unión Democrática del Centro; dentro de él se encontraba en el ala izquierda, o sea, la que preconizaba la unidad de acción con los partidos más a la izquierda y la necesidad de una economía de carácter socialista para la nación.

Panagulis circulaba en su coche al amanecer por una carretera próxima a Atenas: otro automóvil se lanzó sobre él, le hizo caer por un talud y desapareció. ¿Un simple accidente? ¿O un atentado? La familia pidió la autopsia, y de ella sólo ha salido este dato: que murió en el acto.

Era un hombre que molestaba. Había sido siempre intransigente para con todas las formas de opresión. Y se había jugado la vida por ello. El 13 de agosto de 1968 había sido detenido como autor de un complot contra el dictador Papadópulos, en pleno fascismo griego: en la fatídica calle de Bubulinas, donde se torturaba a los "agentes de la subversión", Panagulis había estado torturado permanentemente: el propio Panagulis, durante el juicio, había descrito sus torturas —palos en la planta de los pies, órganos sexuales quemados, uñas arrancadas— y denunciado los nombres de sus torturadores. En todos los interrogatorios había negado aquello de que se le acusaba, se había rehusado a dar los nombres de sus compañeros: siguió callando durante el proceso, interrumpiendo sólo su silencio para acusar a los acusadores y para pedir finalmente que se le condenase a muerte, lo cual sería "el más hermoso canto del cisne para un combatiente de la libertad". Desde un principio, sus jueces estaban decididos a complacerle. Panagulis fue condenado a muerte "por desertión y por tentativa de cambiar el régimen por la fuerza", pero no fue ejecutado gracias a la intervención de varias potencias extranjeras. Panagulis no había querido firmar una petición de indulto.

Sin pena de muerte, Panagulis vivió en las cárceles fascistas de una manera atroz: continuamente torturado, castigado, maltratado. Dos veces intentó escapar, lo cual le valió un recrudescimiento de los castigos.

La caída del régimen le devolvió

la libertad, después de cinco años de infierno. Todo su cuerpo estaba quebrado, pero no su voluntad. "Estaría dispuesto a volver a empezar", decía. Y empezó otra vez. Su ideología política era simplemente la de un demócrata moderado —había estado, sin embargo, acusado continuamente de comunista— y, como tal, se inscribió en el partido llamado entonces Unión del Centro-Fuerzas Nuevas, que es la actual Unión Demócrata del Centro. Un partido en la oposición de la fuerza personal y transitoria de Caramanlis. La posición política de Panagulis era la de insistir en que entre el fascismo anterior y la llamada democracia de Caramanlis había demasiados lazos de unión y un cierto pacto para la transmisión de poderes. Las medidas de benevolencia y gracia para con los agentes del régimen caído le parecían parte de ese pacto. Panagulis había visto diez días antes de su muerte cómo se promulgaba una medida de gracia no contra los políticos del régimen anterior, sino contra quienes le habían torturado físicamente y preparado su proceso, como el coronel Teofilionakos, jefe de la Policía militar. La posición de Panagulis en este aspecto consistía en sostener que las medidas de indulto, gracia y olvido se estaban aplicando a los grandes responsables que formaban y han formado siempre parte de las grandes "élites" políticas, mientras mantenía perseguidos y en las cárceles a pequeños colaboracionistas de aquéllos.

Panagulis había comenzado a publicar acusaciones graves. Se decía en posesión de archivos secretos de la Policía militar, cuyos datos podían perjudicar a muchas personas que hoy tienen poder, político o económico. No había podido hacerlo porque la censura —por vía judicial— lo había prohibido. En los últimos días había recibido amenazas de muerte, por correo y por teléfono.

"Me temo que el accidente de Panagulis va a ser el primero de una serie de accidentes", ha dicho el diputado Papandreu, jefe de los socialistas; "El asesinato no está excluido", ha dicho el jefe de su partido, Mavros.

Tenía treinta y ocho años de edad. Había conseguido salvar la vida en el régimen fascista. La ha perdido en una democracia manipulada. ■